

especie de rugido que expresaba la contrariedad del habitante molestado á semejante hora.

Se aproximaron los pasos y se abrió la ventana.

Un hombre de una edad incierta, de facciones enérgicas, de cabellos grises, muy cortos, de bigote largo y fuerte, con la roseta encarnada de la Legion de Honor en el ojal de su americana azul, se mostró y dijo con tono bastante duro :

—¿Qué queréis?

Aurora contestó con voz jadeante:

—¡Caballero, socorro!

—¿Para quién?

Aurora extendió los brazos hacia el jardín, y dijo:

—Para un hombre que acaban de matar...

—¿Cómo lo sabéis?

—¡Yo le he visto!

—¿Dónde?

—En su casa...

—¿Quién es?

—El marqués de Caylus.

El desconocido preguntó con desconfianza:

—¿Estabais allí en el momento del asesinato?

—No... El me estaba esperando... No perdáis tiempo, os lo suplico.

—¡Un instante!

El general Fugeret atravesó la sala, y en el fondo abrió una puertecita.

En aquella habitación estaba acostado un hombre que dormía profundamente.

El general le sacudió el brazo diciendo:

—¡José María!

El hombre despertó sobresaltado.

—¡Mi general!—dijo.

—En pie.

El bretón se echó de la cama, se puso de prisa un pantalón y una chaqueta, y siguió á su jefe.

Y entonces el amo y el criado salieron á la calle.

Aurora tuvo fuerza para ir hasta el vestíbulo del pabellón; pero allí, indicando con la mano la habitación del primer piso, dijo:

—¡Allí es!

Y en seguida cayó sobre un banco desfallecida y á punto de desmayarse.

—Quédate al lado de esa mujer—ordenó el general.—Yo voy á ver. No será nada, sin duda... la emoción.

Y se dirigió hacia la escalera.

V

Coartada.

El marqués de Caylus estaba muerto, bien muerto.

Hubiera sido preciso un milagro para resucitarle.

Aquello había pasado de una manera muy sencilla.

El hombre envuelto en el abrigo con el cuello levantado, á quien Aurora había encontrado, más bien que visto en la calle Vaneau en el momento en que acudía á su cita, era el autor de aquel asesinato casi silencioso.

Aquel hombre era el barón Máximo de Saint-Aubin.

Por esta vez no había necesitado á nadie, se había encargado de operar él mismo.

El asunto no presentaba grandes dificultades.

Desde que el marqués, en uno de esos momentos de expansión, que eran sumamente raros en él, había tenido la imprudencia de contarle la cita que había dado á Aurora y que esta había aceptado, había tomado su partido el aventurero y había trazado su plan.

Pocos minutos bastaron á aquel cerebro fértil en invenciones para concebir la idea del crimen.

Hechos sus preparativos, no necesitó más para ejecutarlo.

Saint-Aubin conocía á las mil maravillas el plano de la propiedad del marqués.

Más de una vez había asistido á verdaderas orgías que habían tenido lugar en ella.

Al marqués le gustaban los placeres, las mujeres; digámoslos en una palabra, el libertinaje y las francachelas, pero elegantes, rodeado de lujo, en medio del brillo de las luces y el ruido de las botellas de Champagne.

Su hermano Jorge era muy diferente á él; no sabía nada de las saturnales de la casita de la calle Vaneau, y trataba de convertir á su hermano.

Pero el ardor de su sangre, el ímpetu de la exuberante juventud empujaban al hermoso Raimundo hacia ellos con una violencia irresistible.

El barón conocía, pues, la casa de la calle Vaneau como si hubiese sido suya.

Hubiera recorrido hasta el último rincón de ella con los ojos vendados.

Desde el momento en que había visto al lado de la mujer que codiciaba al marqués de Caylus, que era su más peligroso rival y un obstáculo casi insuperable para la realización de sus proyectos, se había apoderado de él una especie de demencia y de ceguera que una conciencia torturada hacía subir al cerebro del culpable.

El crimen del puente de la Tournelle no había tenido testigos y parecía imposible que la policía descubriese jamás los autores.

¿Por qué razonamiento y por qué encadenamiento de hechos hubiera podido llegar á sospechar un juez de un hombre rico en apariencia, de una esfera muy diferente á la del pasante, que no debía tener con él ninguna razón de enemistad?

La justicia debía, pues, extraviarse y echar la culpa de aquel crimen á los merodeadores sin número que había por aquellos alrededores.

Pero todos los criminales, sin excepción, están sujetos á alucinaciones extraordinarias.

Aquel día había hecho el barón que le suscribían todos los periódicos de la mañana, y había leído con cuidado la sección de sucesos con una ansiedad extraña en un hombre tan firme y tan difícil de conmover.

Le parecía que todos, sin distinción, debían llevar en cabeza, impreso en gruesos caracteres lo siguiente: «El crimen del puente de la Tournelle.»

Ahora bien, ninguno de ellos decía nada, como no podía menos de suceder.

A menos de una causa imposible de prever, el cadáver, sepultado en el Sena, debía

permanecer allí quince días antes de subir á la superficie.

Sin embargo el pulso del aventurero estaba algo alterado y aquel silencio no le tranquilizaba.

—¡Si seré tonto!—pensó.—¡Hasta esta noche ó mañana no pueden decir nada!

¡La razón decía al barón que se contuviera, que no siguiera por el camino emprendido!

¡La perspectiva de los millones de Aurora le empujaba hacia adelante!

Tantas fortunas reunidas sobre aquella cabeza tan encantadora le daban vértigo.

Ver al marqués de Caylus de conversación con ella le exasperó.

Las sonrisas de la joven, su dulzura en la última entrevista, la gracia conque le había dicho: «¡Pues bien! si, lo pensaré... Os daré mañana la contestación!» la creencia en que estaba de haber ganado á su causa á la amiga de Aurora, á la señorita de Solmes, en la larga entrevista que habían tenido, le daba casi la certeza de su triunfo.

Y en el momento en que llegaba al puerto, aquel rival, de cuyo nombre y bienes estaba ya celoso, se colocaba al través de sus progresos para cerrarle el paso.

¡Tanto peor para él!

De otro modo, ¿de qué hubiera servido su primer crimen?

Después de todo, ¿qué hacía falta para completar su obra?

¡Un segundo asesinato, infinitamente más fácil que el primero!

¿Y quién podría acusarle de él?

¡Nadie!

Para llevarlo á cabo no se necesitaba más que un poco de audacia, astucia y sangre fría.

Saint-Aubin entró en su casa; se puso, como de ordinario, un traje de soirée, se echó al bolsillo un revolver, después de haberlo cargado con meticulosa atención.

En seguida se hizo conducir al círculo, donde comió en numerosa compañía, afectando una perfecta tranquilidad.

A las nueve volvió á montar en el coche y fué á la calle de Santa Dominica, donde despidió al cochero, diciéndole familiarmente, que tenía para largo rato, y que tal vez pasara la soirée en la casa á cuya puerta le dejaba.

El cochero le vió entrar en aquella casa, pero no le vió salir.

El barón debía salir, sin embargo, casi en seguida, después de haber preguntado al portero por uno de sus amigos, que sabía que estaba ausente.

Entonces empezaron las dificultades; pero el aventurero estaba resuelto á superarlas.

La noche era oscura.

El arrabal de San Germán no es precisamente el barrio más animado de París.

Pasadas las seis de la tarde, en algunas de sus calles—y hablamos de las más aristocráticas—no se creería uno en la capital de una nación.

Saint-Aubin pudo llegar sin inconveniente á la calle Vaneau.

Eran las nueve y treinta y cinco.

No se había equivocado el aventurero.

La puertecita del jardín del marqués de Caylus estaba ya abierta.

Se deslizó al interior del parque sin ser visto y se dirigió hacia el pabellón cuyas ventanas estaban alumbradas.

Entonces entró con decisión en el vestíbulo.

Llevaba preparada una excusa por si le sorprendían. Iba á pedir á su amigo Raimundo de Caylus una cantidad que le hacía falta.

¿Qué cosa más sencilla?

No tuvo necesidad de usar de ella.

Las alfombras ahogaban el ruido de sus pasos y no había nadie allí para guardar la casa.

Al pasar cerca de un salón se paró un instante. Acababa de oír la voz del marqués.

El joven no estaba solo.

Decía á un viejo ayuda de cámara á quien el barón conocía tan bien como la casa y al propietario:

—¿De modo que todo está en orden, José?

—Todo, señor marqués.

—Bien. Podeis retiraros, amigo mio.

—¿No volverá esta noche el señor marqués al hotel?

—No, ciertamente... Suceda lo que quiera, pasaré aquí la noche.

—El señor marqués dice: «¡Suceda lo que quiera!» ¿El señor marqués no está entonces seguro del éxito?

—¡No mucho! José.

—¡Sin embargo, el señor marqués parece alegre!

—Lo estoy...

—Entonces...

—Que yo la vea, que la hable, que la tenga cerca de mí, esto es todo lo que deseo. No es este un capricho como los demás, amigo José, es algo que vale más, que me hace bueno, que

me echa yo no sé qué bálsamo en el alma; ¡es el amor, en fin!

—¡Oh! señor marqués.

—¡Sí, palabra de honor!

—¡Yo no he visto así jamás al señor marqués!

—Ni yo tampoco.

—¿Pero es correspondido el señor?

—Ya te lo diré más tarde, modelo de servidores, digno José. Por el momento todo lo que puedo afirmarte es que me siento joven, radiante, como no lo he estado jamás.

—¿De quién se trata, pues?

—De una pobre joven desgraciada y adorable, que casi tendría remordimientos de separar del camino recto. ¡Es tan buena y tan hermosa, José! Qué saldrá de esta aventura, ¡yo no lo sé!

—¡Oh! si viene—exclamó el ayuda de cámara con pesar.—Será una más.

—Ella no me ha prometido nada.

Saint-Aubin se estremeció de placer.

—¿No me necesita el señor marqués?—preguntó José.

—No, amigo mio. Vete y deja la puerta abierta.

Saint-Aubin, al oír las últimas palabras del marqués, subió rápidamente algunos peldaños más, y se ocultó.

Vió al ayuda de cámara atravesar el vestíbulo y salir.

El marqués, excelente músico, se había puesto al piano, y tarareaba con voz agradable el aria célebre del jardín de *Fausto*.

¡Salud, estancia casta y pura!

Esto era sin duda un sarcasmo en aquel asilo del placer y de la orgía.

Pero el recuerdo de aquella á quien esperaba, despertaba en su espíritu ideas frescas y primaverales.

¡Aurora le amaba!

Del piano, que dejó después de haberse entregado á algunas improvisaciones impresas más bien de melancolía, salió al perron para escuchar el ruido de la calle.

Alguno que otro coche pasaba.

Atravesó el jardín y se aseguró de que la puerta continuaba entreabierta.

Pero Aurora no parecía.

Entonces entró en el salón y, por pasar el tiempo, escribió en una hoja de papel, que arrancó de su carnet:

«Doy á la señorita Aurora Milton, hoy vendedora de periódicos en la esquina de la calle del Bac y del boulevard San Germán, una suma de cien mil francos, en testimonio de la gran amistad que la profeso.

»No tendrá más que presentar este bono en el Crédito Lyonnais para rebir su importe.

• »París, 30 de marzo de 1889.

»Marqués Raimundo de Caylus.»

Al acabar de escribir esto sonrió:

—Quiero que se alegren sus ojos cuando los fije en este papel, que pondrá fin á sus infortunios. ¡Estaré bastante pagado de mi sacrificio!

Encerró la hoja y el carnet en el cajón del escritorio y subió á su cuarto diciendo:

—¡Veamos si ese buen José ha puesto todo en orden!

En aquel momento eran las diez menos algunos minutos.

El barón, que había oído alejarse al ayuda de cámara y que contaba los segundos con ansiedad, vió al joven salir del salón y dirigirse hacia el primer piso.

Se hubiera creído que había previsto esta visita que debía hacer fácil su crimen.

Al aproximarse el marqués, se ocultó detrás de una colgadura, á dos pasos de la puerta por la que debía entrar Raimundo.

Cuando el joven pasó, el miserable no tuvo más que extender el brazo.

Sonó un tiro.

Con mano segura había dirigido el arma hacia la sien de su víctima, casi á bocajarro.

El marqués cayó.

El asesino se inclinó sobre él y dijo:

—Los dos perseguíamos á una misma mujer. ¿Por qué te pusistes á través de mis proyectos?

¿Oyó estas palabras Raimundo?

¿Pudo reconocer siquiera al que las pronunciaba?

Esto es más que dudoso.

La muerte debió ser instantánea.

El asesino se aseguró de esto y no tuvo ni un momento de emoción.

La cosa había pasado como él la había previsto.

Ahora no tenía más que pensar que en su seguridad.

Dirigió una última mirada al cadáver que yacía sobre la alfombra, á aquella habitación

en la que no se veía ningún rastro de lucha, ni un mueble mal colocado, ni una gota de sangre exparcida, porque la herida del muerto era casi invisible, y guardando el revolver en el bolsillo, se retiró.

Cuando llegó á la puerta del jardín, tuvo la satisfacción de ver que estaba todavía entreabierta, lo que probaba que Aurora no había llegado aún, y como la calle estaba desierta, salió á paso de lobo y cerró la puerta con precaución. Se había salvado.

Su crimen era de esos que hacen un ruido enorme, pero cuyo misterio se trata en vano de aclarar, y cuyos autores permanecen desconocidos, á menos de un milagro.

Ahora bien, el barón creía haber previsto y calculado todo.

Llegaba al extremo de la calle Vaneau, hacia la calle Varennes, cuando distinguió una sombra que se dirigía á la casa de donde él acababa de salir.

Era Aurora.

A pesar de la semi oscuridad que le impedía distinguir sus facciones, la reconoció.

Estuvo á punto de volver atrás, detenerla y decirla:

—¿A dónde vais?

Pero comprendió que iba á cometer una imprudencia enorme y hacerse traición.

Continuó su camino.

Además, la puerta del jardín estaba cerrada y nadie estaba allí para abrirla.

No podía, pues, ella ver al amante, en cuya busca iba, ni descubrir el asesinato que acababa de cometer y se vería obligada á volverse á casa sin haber visto al marqués,

Abandonó á su suerte á la pobre joven y dejó seguir su curso á los acontecimientos.

Sucediese lo que quisiese, estaba seguro de ser solo, en lo sucesivo, en poseer el secreto del nacimiento de Aurora y de no tener rival.

Pero era preciso primero alejar hasta la más mínima sombra de sospecha, si por casualidad recayese sobre él.

¿Cómo?

Por los medios más sencillos y que todos los criminales de profesión conocen.

El primero de todos consiste en hacer constar que no podía estar en el lugar del suceso por la razón sin réplica de que estaba en otra parte.

Esta es la infancia del arte.

El barón ganó á toda prisa el boulevard San German.

Allí hizo lo que jamás había hecho en su vida.

Tomó el primer ómnibus que se presentó.

Era el de la plaza Courcelles.

Se dejó conducir á la de la Magdalena; dió una vuelta por el boulevard y cuando llegó á la puerta del círculo de la plaza de la Opera, entró en él.

En el trayecto había tenido tiempo de recobrar su sangre fría, la que por otra parte no le había faltado más que por pocos minutos.

Al entrar preguntó al hujier.

—¿Está animada la partida, Gervasio?

—Poco por ahora, señor barón.

—¿Quién está ahí?

—Nadie serio. Pequeños puntos, banqueros de trescientos francos:

—Eso es aburrido.

Pareció vacilar un momento, después cogiendo el sombrero que había dado á un camarero, dijo.

—Volveré luego. Buenas noches.

Salió y tomó un coche del círculo.

—A mi casa, de prisa, ordenó.

Le había ocurrido una idea.

Se recordará, tal vez, que el barón había hecho entregar una carta á la señora Chagny, su vecina.

Ella no le había contestado; pero el barón sabía que debía estar sola en su hotel, porque el marido estaba en Londres y la tía en Normandía.

Al menos esto era lo que su fiel Piria le había dicho.

Los cocheros del círculo sabían que el barón era generoso, sus propinas eran buenas.

El cupé que le llevaba, llegó en pocos minutos á la Avenida del Bosque de Bolonia.

A las once en punto entraba el barón en su casa. Su expedición no había durado más que dos horas.

Cambió de traje á la carrera y estudió el medio de llegar hasta la hermosa rubia.

No era el amor lo que le impulsaba á esta nueva expedición menos criminal que la otra.

Era el interés.

Pensar en pasar por la calle y la puerta principal del hotel era ilusión.

El barón bajó al jardín de su vecina con ayuda de una escala.

Cuando se encontró en él, se acercó á una de las ventanas de la planta baja que estaba alumbrada todavía,

El piano modulaba con una cierta pasión una de las arias de la célebre escena de amor del jardín de *Fausto*.

Pero no era la misma que el desgraciado marqués de Caylus tarareaba instantes antes.

La vecina del barón suspiraba la plegaria tan apasionada:

Déjame contemplar tu rostro.

Saint-Aubin juzgó el momento propicio.

Subió las escaleras del *perron*, y á través de los artísticos bordados de las cortinas pudo reconocer lo que pasaba en el interior de la habitación.

La rubia y siempre joven vecina estaba sola y parecía sumergida en una profunda meditación.

Tenía puesto el mismo peinador que llevaba el día en que había recibido por primera vez al barón, y dejaba correr sus dedos por el teclado de su Erard con la mirada vaga y la frente cargada de aburrimiento, según la expresión de las novelas antiguas.

Este era el momento de atreverse.

El barón tocó suavemente los cristales.

La rubia se quedó parada.

De pronto se levantó de un salto, con la cara vuelta hacia el sitio donde había oído el ruido.

Su rostro indicaba sorpresa, más bien que espanto.

¿Qué podía temer en aquel hotel lleno de criados, que hubiera podido reunir con un campanillazo?

La puerta se abrió.

El barón entró diciendo:

—No temáis nada; soy yo.

Entonces se operó un cambio visible en la cara de la señora de Chagny.

La ligera emoción que habia experimentado desapareció de pronto; pero también desapareció al mismo tiempo la melancolía que la oscurecía.

Una especie de alegría burlona se reflejó en su cara.

—¡Ah, Dios mio!—exclamó—¡sois vos! ¿Pero por donde habéis venido, caballero?

El baron no se desconcertó.

—Por el camino de los enamorados, contestó.

Dió algunos pasos hacia adelante.

La vecina no le detuvo.

Parecia completamente tranquila.

—Tomad asiento—le dijo.—Aunque no sea esta la hora más á propósito para visitas, como tengo curiosidad por saber lo que os trae, y como además no tengo sueño, me alegro mucho poder echar un párrafo con vos. Vamos á ver, ¿qué vais á decirme?

—Ya lo sabéis, puesto que os lo he escrito.

—¿Que me amais?

—Con locura.

La señora Chagny suspiró; pero en aquel suspiro habia un poco de afectacion.

—Es verdad. No me atrevia á deciros que lo habia olvidado. ¿De modo que es un gran amor, un amor repentino, una verdadera passion la que os he inspirado?

—La más viva, la más profunda que he sentido en mi vida.

—Sí, sí—exclamó ella.—Eso es lo que he comprendido al leer vuestro incendiario billete.

—¿Por qué no me habeis contestado?

—¿Por qué?

—Sí.

—¡Oh, Dios mio! por una razon de una sencillez infantil.

—¿Cuál?

—La de que no creo una palabra de lo que me decís.

—¿No creéis que os amo?

—No.

—¿Como podéis dudarlo?

—No sé como puedo dudarlo; pero lo dudo. Hé ahí todo. En pocas palabras, querido vecino, sois un hombre encantador, elegante, espiritual, seductor en lo posible. Así veis que no me ofendo por vuestra audacia de la irrupcion nocturna, de la que soy inocente víctima; ¿pero qué queréis? Esto no me basta... Para hacerse amar de mí sería preciso persuadirme de que soy amada profunda, únicamente, como vos decís, y ¿qué queréis? No lo estoy. Es una desgracia, tal vez, pero no tengo fe.

—¡No la tenéis!

—No.

—¿Ni aun un poco?

—Ninguna absolutamente.

—¿Qué suponéis, pues?—dijo Saint-Aubin, encantado en el fondo por el giro que tomaba el asunto.

—Yo nada, sino es que estáis aburrido, que buscáis una distraccion y que la tomáis en el sitio que os parece más cómodo, es decir, á dos pasos de vuestra casa... Sed franco... ¿No es verdad?

La señora Chagny estaba en aquel momento extremadamente tentadora.

La piel, de un blanco rosado, tenía el brillo del mármol más puro; sus ojos azules eran de una dulzura atrayente; sus brazos medio desnudos, parecían hechos para acariciar.

El barón olvidó por un momento la escena siniestra á que acababa de asistir como actor terrible de un drama sangriento é ignorado. Se acordó de sus días de fáciles victorias, y exclamó:

—No, eso no es verdad; pero aun cuando así fuera?... Si seducido, arrastrado por vuestro irresistible encanto hubiera visto en esta aventura, en una unión tan deseada para mí una distracción, un placer, una de esas cortas felicidades, de esos goces pasajeros de que está hecha la vida de los felices de este mundo, algunos de esos instantes de delicias que nos dejan inolvidables recuerdos, unos de esos minutos que nos alejan de la tierra y nos hacen pensar en los goces del cielo, ¿qué hubiera yo hecho sino imitar á los que no pueden vivir cerca de una mujer como vos sin desearla, sin adorarla apasionadamente, y que con sangre en las venas y fuego en el corazón desprecian una vida sin atractivos y sin amor?

El barón se expresaba con gran ardor.

Su interlocutora le interrumpió.

—Tened cuidado—dijo,—podrían oiros...

—¿Quién?

—Mi marido, por ejemplo.

—¿Chagny?

Es imposible describir el desdén con que Saint-Aubin pronunció este nombre, el encogimiento de hombros con que acentuó esta breve exclamación.

Repitió con creciente ironía:

—¡Chagny!

Y después añadió con despreocupación:

—Pero querida señora, aunque no fuese más que por espíritu de legítimas represalias, completamente legítimas, debierais mostraros indulgente por la locura que me ha hecho invadir vuestro domicilio, con escalo, pero sin fractura. ¡Ah! El señor de Chagny... Voluble como la mayor parte de los maridos... Pero si los otros pueden invocar excusas, él no tiene ninguna, ni aun la menor sombra de pretexto. ¡Engañar á una mujer tan deliciosa, tan encantadora, es más que un crimen!

—¿Qué es, pues?

—¡Una tontería, una locura!

—¿De modo que me engaña?

—No debiera descubrirle.

—¡A un amigo!

El barón rectificó.

—No confundamos, hacedme el favor... Un compañero de bromas, de círculo, de partidas de caza, en toda clase de terrenos, he ahí todo.

—¿Me engaña?—preguntó la amiga de Magdalena de Arvil.

—¡No soy yo quien debe acusarle!...

—¿Y estáis deseando decírmelo?

—A fe mia, si eso debe enterneceros, conmoveros, excitar en vos el deseo de la venganza...

—Decidlo de todos modos.

—¿No he dicho ya bastante?

La amiga de Magdalena se inclinó. Sus ojos tomaron expresión de alegre malicia, y dijo:

—Creo que teneis razón.

—Es, pues, inútil añadir nada...

—Tanto más, cuanto que os he prevenido que podía oiros el señor Chagny.

—¡Vamos! Chagny está lejos.

—¿Eso creéis?...

—Está en Inglaterra, en Londres por algunos días.

—¡Ah! ¿vos sabéis?...

—Todo.

Saint-Aubin trató de apoderarse de una de las manos de su vecina, que retrocedió hacia su butaca sin afectación.

—Vamos—repuso con voz temblorosa—dejaos conmovir, no penseis en los otros; pensad en mí que vengo arrojar me á vuestros piés, á suplicaros, á deciros que os amo, que me haréis el más feliz de los hombres y que las faltas ignoradas no son faltas. ¡Que os costará! Tendreis un esclavo más, un amigo agradecido dispuesto á dar su vida por vos. Decidme, pues, que consentís.

La señora Chagny movió la cabeza.

—No—dijo—yo no os prometo nada, mi querido vecino. Debiera llamar porque me comprometéis horriblemente, me exponéis á un escándalo del que en manera alguna soy responsable, hacedme esa justicia. He sido, soy y seré una mujer honrada. Mucho más aun que vos creéis. Además, ¿cómo creer en una pasión que ha necesitado tantos años para ver la luz? ¿Y por qué estalla tan inopinadamente? Hace diez años era yo casi una joven y estaba libre, hoy estoy encadenada con un lazo que se afloja según parece, por un lado... ¡Qué importa! Al punto en que he llegado me he hecho extremadamente escéptica y no pido á los que me rodean, aun á mis vecinos, á mi mismo marido, más que consideración...

Tal es el fondo de mi pensamiento, mi que-

ruido barón. Vos no me habeis ofendido ni irritado porque, á pesar de esta nocturna invasión, no he corrido jamás el menor peligro. Sin embargo, un consejo antes de una separación que no tendrá para mí nada de penosa, os lo aseguro. Volved cuanto antes á vuestra casa por donde habeis venido, sin dejar huellas de vuestro paso, porque si os han dicho que el señor Chagny está en Londres, os han engañado; cuando yo os rogaba que no habláseis tan alto, era porque temía que os oyese. ¡Buenas noches, querido vecino!

Es difícil expresar la ironía de la rubia, la malicia de su mirada y la sarcástica entonación de su hermosa voz.

El barón no era de esos que pierden fácilmente la cabeza.

—Lo que me decís me explica muchas cosas—dijo en voz baja—y me hace menos sensible mi fracaso—añadió con cierta fatuidad.

Y en alta voz exclamó:

—¡Ah! ¿Está Chagny en París?

Se levantó un portier.

—No solo en París, mi buen Saint-Aubin, si no en la Avenida y cerca de vos. Y aun os he oido perfectamente. Os felicito. ¡Os portais bien con los amigos!

El barón sonrió.

—A vuestra disposición—replicó con cierta altanería.—Cuando yo cometo una falta, la pago.

Chagny se echó á reir.

—¿Un duelo—dijo—con vos, para que me metais cinco centímetros de hierro en la piel?... ¡Jamás!

—¿Pues entonces?...

—Nada de escandalizar. ¿Para qué serviría? ¡Lo detesto! Además, según lo que acabo de oír, sería muy difícil si no me encontrara satisfecho. Solo que la señora Chagny os daba hace un momento un excelente consejo. Debéis seguirlo. Tomad vuestro camino aéreo. Yo voy á alumbraros y tendré el placer de ver cómo os arreglais. ¡Espectáculo encantador! Estad tranquilo; nadie lo verá más que nosotros.

Y he aquí como dada la media noche, el barón de Saint-Aubin, alumbrado por su amigo Melchor Chagny, que llevaba un candelabro de diez bujías con una complacencia extrema, atravesó de nuevo el muro que separaba los dos hoteles, echó su escala, y volvió á su casa seguido por la carcajada del vecino, que le decía:

—¡Adios! ¡Buenas noches, querido, y no me guardéis rencor!

El barón pensaba por su parte:

—¡Yo buscaba una coartada incontrastable y resonante!... ¡Ya la tengo!

La señora Chagny volvió á casa seguida de su marido, que la acompañó hasta la puerta de su habitación.

Allí él la cogió una mano, y dijo:

—A fe mía sois una perla, y debiera vivir á vuestros pies.

Ella contestó retirándola:

—Eso sería muy molesto para vos y para mí. Buenas noches, amigo mío.

Entró en su cuarto.

El marido oyó girar la llave en la cerradura, hizo un gesto de resignación y se fué á su habitación.

La aventura pudo tener un fin trágico.

Pero lo tuvo grotesco.

Los dos vecinos quedaron satisfechos.

VI

Un rayo de luz.

Cuando el general Fugeret bajó de la habitación en que yacía el marqués de Caylus, no dijo más que estas palabras:

—No queda nada que hacer. Está muerto.

Su rostro no expresaba ni emoción ni sorpresa.

Había visto demasiados cadáveres en los campos de batalla, para no estar acorazado contra tales espectáculos.

Solo se preguntaba cuál había sido la causa de aquel drama y cómo se había producido.

Aquella lujosa casa destinada al placer, aquél joven asesinado en medio de la noche, aquella joven, no solo tan sencilla, sino casi pobremente vestida, que imploraba socorro con lastimosa voz, alocada por una muerte de la que debía de haber sido testigo, le daban en qué pensar.

—¿Qué debo hacer?—se preguntaba.

Todo permanecía en silencio en el jardín y en la calle.

El vestíbulo seguía alumbrado por un mechero de gas.

Aurora permanecía sobre su silla con la cabeza caída hacia atrás.

La luz del gas daba de lleno sobre su cara.

De pronto, el general, que se había parado delante de ella y la examinaba con atención, se estremeció.